

Un recorrido por el patrimonio histórico almeriense en los siglos XVIII y XIX, (8)

Lorenzo Cara Barrionuevo. E_mail: carabarr@larural.es

Entre la utopía y la realidad, entre la libertad y el negocio

Hay circunstancias que favorecen esperanzas desmesuradas, presididas por el incombustible optimismo de la utopía. La vida de estos visionarios, que emprenden sueños, fabulan invenciones y persiguen quimeras, conforma casi una leyenda. Y forman, también, un patrimonio “cultural”, un legado histórico.

Diego María Madolell Plaza fue un liberal temprano, insuflado con el ideal del progreso y del negocio, capaz de abordar los proyectos más dispares. Hoy, su agitada vida merece una biografía de urgencia.

Los proyectos iniciales

Madolell fue uno de los más activos empresarios almerienses de la primera mitad del siglo XIX. Incansable promotor de obras, a menudo fracasadas por su desproporción, estuvo delante y detrás de muchas de las principales obras que se abordaron en la provincia, en especial de aquellas que pretendían invertir las ganancias obtenidas de la minería en el desarrollo del regadío.

Diego María nació en Tabernas a finales del siglo XVIII. Era hijo de José Madolell, escribano (primero, en Gádor y, luego, en esta población) y de María Plaza, perteneciente a una familia acomodada que se pretendía hidalga. Imbuido pronto de las ideas liberales que se propagaban entre las personas mejor formadas, se refugió en Cádiz con la entrada de los franceses.

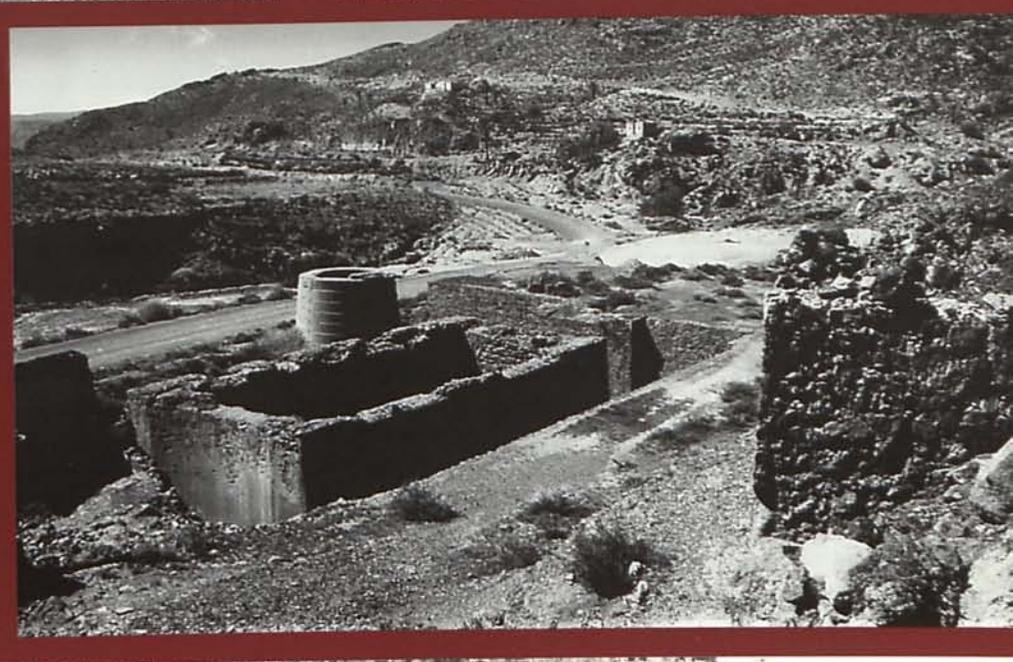
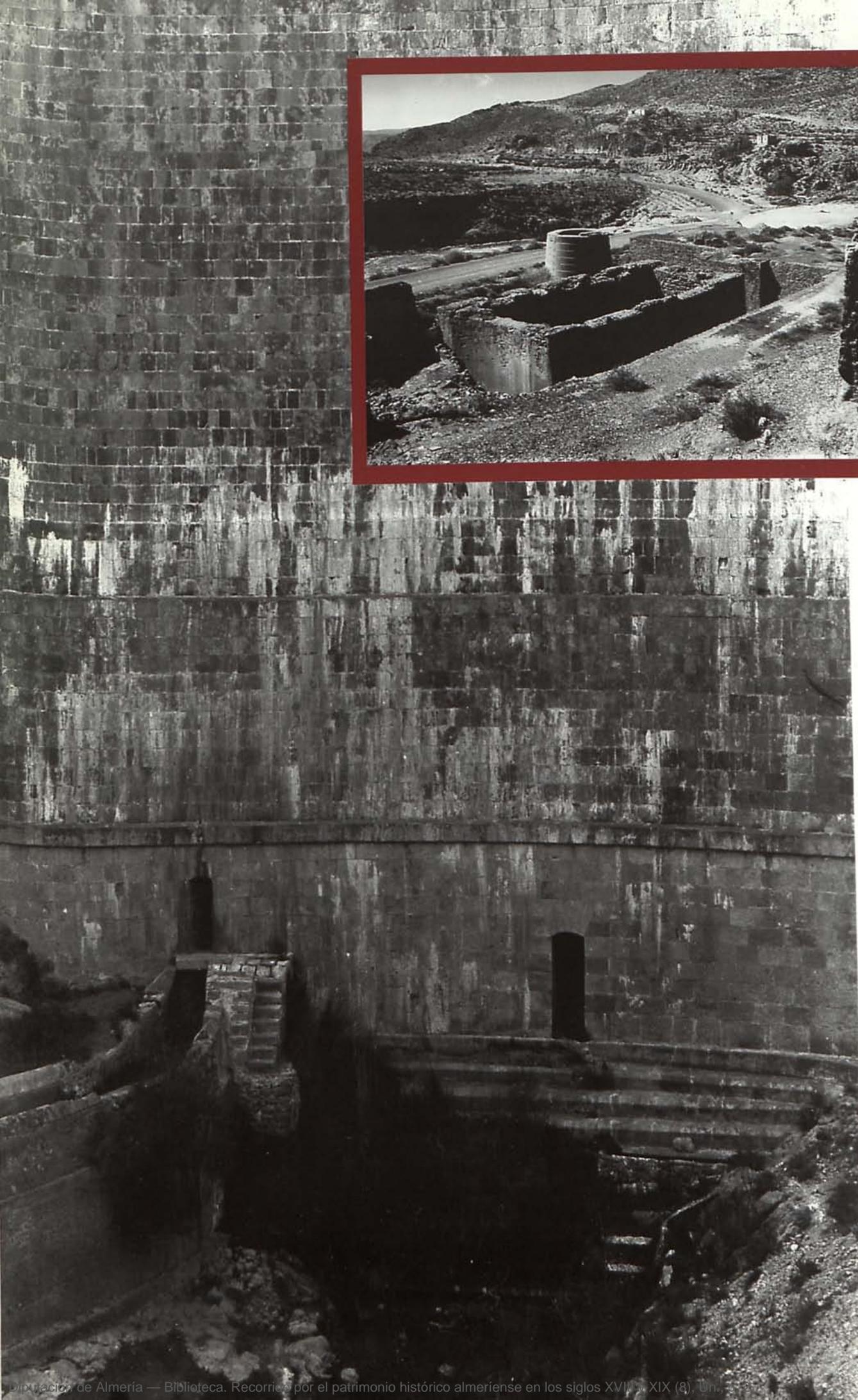
En aquel gran laboratorio de ideas e ilusiones, comprendió que la nueva situación necesitaba distintos hombres. A su capacidad emprendedora unió iniciativa y resolución, empeño y persuasión. Son tiempos de ilusiones y proyectos.

En plena efervescencia liberal, las Cortes de Cádiz (ciudad donde residía), acaban de decretar acerca de las comunidades religiosas y aboliendo la Inquisición. Aún sin acabar la Guerra de la Independencia, en 1813, solicitaba poner en explotación varias minas antiguas en El Puntal de Sierra Alhamilla y establecer una fundición plomiza, que concertaría contratos con mineros y propietarios. La coyuntura parecía ser propicia pues las minas de Presidio (actual Fuente Victoria) habían cesado su actividad por orden del gobierno en 1803. Pero el problema era que la zona se hallaba tan escasa de monte bajo y alto que apenas podía abastecer a las gentes de los pueblos limítrofes.

Comerciante y empresario

Al poco, amistades propias y de su hermano Jerónimo le ponen en contacto con un proyecto innovador y arriesgado. Se trata de transformar una actividad tradicional de producción de hierro en la Sierra Norte sevillana en un importante centro metalúrgico que abasteciera el mercado de Sevilla y, ocasionalmente, Cádiz y Málaga.

Enriquecido con la ferrería de El Pedroso (1817-1822), presencia el auge minero de Sierra de Gádor con inusitada esperanza. Quizás los cambios que obliga a introducir en la legislación económica de Fernando VII (empeñado en mantener las instituciones y el régimen político del Antiguo Régimen), le hagan albergar la ilusión



de que pronto se completen con medidas de “liberalización” política. Además, sus socios buscan invertir el dinero obtenido en otros proyectos y aquí pone en práctica su experiencia militar.

En 1793, R. Medina y Lapita (regidor perpetuo de la Ciudad) y A. González Bustos (teniente capitán de inválidos) habían pretendido poner en regadío grandes extensiones de los Campos de Níjar aprovechando la fuente de El Saltador, en la Rambla de Morales. Incluso se había comentado la posibilidad de hacer algunos pantanos en las laderas próximas de Sierra Alhambilla.

Entre 1820 y 1823, Madolell intenta tramitar ayudas y reunir esfuerzos. En la primera fecha constituía en Cádiz una empresa denominada “Regadío de Níjar” cuyo objetivo era realizar sendas pequeñas presas, una en la cerrada de los Tristanes y otra en la de Inox. En 1821 establecía un acuerdo con varios propietarios nijareños, comprometiéndose el Ayuntamiento a colaborar en las obras para facilitar el riego a 104.000 fanegas (casi 67.000 hectáreas). Los accionistas de esta primera iniciativa eran los propios agricultores del Campo, que debían contribuir a razón de 200 reales por cada fanega susceptible de ser regada. Para el resto, el agua sería vendida.

Como se entenderá fácilmente, la época no era propicia para este tipo de actividades. A la penuria económica y caos administrativo del Trienio Liberal (1820-1823), se unió pronto la represión contra los liberales que conllevaba el cambio de régimen.

Los cambios del destino

Madolell fue a buscar el dinero donde se estaba generando: en la floreciente minería de Sierra de Gádor. Allí le fue autorizada en 1824 la apertura de un cauce que diera riego a los campos de Dalías, Roquetas, Félix y Vícar (unas 200.000 fg, en palabras del promotor).

Las obras de la empresa dieron principio en octubre de 1833 pues su decidido apoyo contra la restauración del absolutismo proscribió el proyecto por más de un decenio. Para febrero de 1834 se habían abierto casi 9 km., tramo que aún puede verse en Darrícal. Pero los gastos desbordaron las previsiones.

En 1834 se encontraba en Sevilla, donde residía su hermano, y tuvo que vender varias haciendas familiares entre Gádor y Tabernas. Por fortuna, su capacidad de persuasión debió de ser envidiable pues consiguió que “varios capitalistas invirtieran crecidas sumas en la construcción de un canal que principiando por encima de Lucaína, y surtiéndose de las aguas sobrantes del río de Alcolea, había de venir a desembocar en el Campo, por el punto conocido con el nombre de Boquerón de Dalías”.

El canal de Madolell, como se le llamaba, tenía que recorrer quince leguas por parajes tortuosos y quebrados, “donde la construcción de puentes y calzadas tenía que ser frecuente”.

La guerra civil (I Guerra Carlista) paralizó las obras y el proyecto fue abandonado al poco. Pero eran tiempos para arriesgarse. Frente a la vacilación de muchos, algunos decididos jóvenes y no tan jóvenes liberales alcanzarán el prestigio que necesitarán después para hacer valer sus influencias. Así ocurrió con Ramón Orozco, que comandará

a las milicias locales, o de nuestro “empresario”, que las financiaba.

Por desgracia, tras la contienda (1838) el interés de los comerciantes malagueños y de unos pocos mineros alpujarreños por el Campo de Dalías parece haberse enfriado. Mientras tanto, en Níjar la villa consiguió en 1831 real licencia para construir un pantano en Los Tristanes. Pero Madolell había consumido la mayor parte de sus ahorros.

Minería e inversión

Pero, al poco, nuevas posibilidades se abren. Con el apoyo de su hermano, Diego María invierte en Sierra Almagrera, donde realiza varias contraminas exitosas entre 1840 y 1842 y se enriquece nuevamente con un sistema de aireación de las minas.

Con la experiencia adquirida, Madolell se presta a recobrar el proyecto de construcción de un nuevo pantano. Pero ahora, en 1842, Ayuntamiento y empresario son conscientes que la obra es de tal envergadura que excede el interés y las disponibilidades económicas y tecnológicas de la provincia.

La empresa constituida ese mismo año quedó dividida en 2.100 acciones de pago, que cotizaban a 20 rs mensuales cada una hasta formar un capital suficiente para levantar el pantano en ¡dos años!, aunque quedaba registrado por escrito el plazo de cuatro.

Para gestionar la inversión, se nombró una Junta compuesta de catorce vocales, un vice-presidente, un tesorero y el director-presidente. Por su parte, Madolell obtuvo la cesión gratuita de 42 acciones en pago a sus desembolsos y esfuerzos. Parte de la familia quedó allí, trabajando en las obras del Pantano.

A pesar de que la sociedad se dividió en los departamentos de Málaga (con 696 socios), Cartagena (180), Murcia (143), Valencia (49) y de Granada, Almería y Níjar (al menos 39 socios), la razón social de la empresa radica al poco en Madrid. Es un proyecto en que ya no interviene el empresario almeriense, que busca nuevos proyectos donde invertir las ganancias obtenidas.

Nuevos proyectos e ilusiones

En la Cerrada del Marmón, entre Urrácal y Olula, encuentra el lugar apropiado.

La empresa creada en 1847 para levantar el pantano constaba de 600 acciones, a razón de 20 reales cada una por mes, de los dieciocho que se señalaban como improrrogables para la financiación del proyecto.

Por desgracia, las aguas tienen dueños y entre ellos, la empresa y el ayuntamiento inician un complicado pleito que echa al traste el proyecto. Madolell, casi arruinado, se refugia en Chercos, donde todavía conservaba algunas propiedades familiares.

Negativos estos trabajos, Juan Justo Escalante, su apoderado, obtuvo permiso en 1863 para practicar en el término de un año los estudios de un canal que utilizara nuevamente los sobrantes del río Benínar, el viejo proyecto que veremos tantas veces repetirse. La obra es aún si cabe más ambiciosa y en su trabajosa gestión económica y administrativa (por ejemplo, coincide con la promulgación de la nueva Ley de Aguas en 1866) muere nuestro empresario un año después. ▲